

Queridos hermanos y hermanas,

Hoy el Evangelio narra un momento significativo de la vida de la Sagrada Familia, que Jesús, María y José recordarán toda la vida. Jesús sube a Jerusalén con sus padres, cumpliendo lo que la Ley proponía para todos los judíos que llegaban a la adolescencia. El templo de Jerusalén, con sus estancias y sus ritos, sus cambistas, sacerdotes y maestros, suscitan en el joven Jesús un sinfín de reflexiones y preguntas, que expone a los doctores, sin que sus padres lo supieran. La respuesta que dio a María, cuando le reprochó su comportamiento, seguramente la dejó perpleja, pero le ayudó a descubrir con más profundidad la singular personalidad de su Hijo. “¿No sabíais que debo estar en las cosas de mi Padre?”, le dijo, desvelando que su verdadera naturaleza es “ser Hijo”, “ser para el Padre”. Aquella peripecia fue un “tiempo de gracia”, en el que María y José tomaron conciencia de quién era realmente aquel hijo que el Padre había encomendado a sus cuidados.

También nosotros necesitamos “momentos de gracia” –algunos con faz dolorosa y otros con rostro amable– que vayan más allá del monótono transcurrir de las horas y los días; tiempos que nos despierten de la rutina y nos provoquen. Si volvemos la mirada a nuestra propia historia, no nos será difícil reconocer acontecimientos y encuentros que han marcado nuestra forma de pensar, de sentir y de ser. Son tiempos de gracia, que recordamos, celebramos y agradecemos al Señor; momentos significativos llamados “kairos”, que hemos de aprovechar porque, como decimos en el lenguaje coloquial, “hay que subir al tren cuando pasa”.

Por eso, la Iglesia, que es maestra de humanidad, nos ofrece de tanto en tanto la oportunidad de vivir momentos fuertes de encuentro con el Señor, para reanimar nuestra fe, esperanza y caridad, para reavivar nuestra amistad con Él, abrazarnos a su misericordia y ejercer mejor nuestra misión en el mundo. El Jubileo, que el Papa ha convocado para el año 2025 y hoy abrimos en nuestra Diócesis, es uno de estos momentos fuertes y privilegiados, para cada creyente y para la comunidad cristiana en su conjunto. El papa Francisco lo ha convocado bajo el signo de la esperanza, preocupado, sin duda, por la desesperanza que amenaza a nuestro mundo, al hombre y a la mujer de hoy y quizá también a nosotros mismos. Nuestra vida se ve sacudida por acontecimientos que nos roban la esperanza: guerras crueles e interminables, crispación y polarización

social, corrupción en tantos ámbitos de la sociedad, incoherencias a veces graves en el testimonio de los cristianos, falta de responsabilidad de mucha gente en el cumplimiento de sus compromisos familiares, laborales y sociales, fracasos personales enquistados que no logramos superar...

Ante este sombrío panorama, que no deberíamos negar, podemos desviar la mirada, intentar no pensar, caer en el desaliento, u olvidarnos de todo e intentar disfrutar lo más posible. Pero también podemos reconocer en la realidad la presencia y la llamada de un Dios bueno que quiere amarnos y salvarnos, amar y sanar el mundo con nuestra colaboración. Dios “cree” en ti, en mí y en cada persona. La palabra de Dios nos recuerda continuamente lo que Él hace por nosotros y lo que nosotros podemos hacer con Él. En la primera lectura de esta Eucaristía, su Palabra nos ha dicho: «Hijo, cuida de tu padre en su vejez... Porque la compasión hacia el padre no será olvidada y te servirá para reparar tus pecados», y san Pablo nos ha exhortado diciendo: «Como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia... Enseñaos unos a otros con toda sabiduría; exhortaos mutuamente...».

Por eso, el Papa, a la vez que reclama a la sociedad y a la comunidad internacional signos concretos que inviten a mirar al futuro con confianza, pide a los cristianos que seamos instrumentos visibles de esperanza para los que sufren: los presos, los enfermos, los jóvenes, los ancianos, los migrantes, refugiados y exiliados, los pobres que carecen de lo necesario para vivir... Tomemos conciencia, por tanto, del poder que tienen nuestras palabras y nuestros pequeños compromisos cotidianos, en los que se hace presente y operativo el amor de Dios, para avivar y transmitir no vanas ilusiones, que se apoyan en las supuestas bondades de una ideología o en el progreso de la tecnología, sino la esperanza más cierta: la que brota de la fe y de la caridad. La esperanza es el ancla y la vela del barco de nuestra vida en medio de las tormentas. Lo hemos comprobado esta mañana, en el testimonio del matrimonio y en la alegría de los internos voluntarios de la pastoral penitenciaria, que nos han acompañado.

Para recorrer este itinerario jubilar, hemos de entrar por la puerta santa del perdón y la reconciliación, siguiendo la tradición de los jubileos del Antiguo Testamento. No podemos vivir en permanente conflicto con nuestro pasado y

con Dios, con miembros de nuestra familia y de nuestra comunidad, con quienes vienen de lejos o los que piensan distinto. Dejemos, en este tiempo de gracia, que Dios sane las heridas que merman nuestras fuerzas para crecer y amar, también las heridas producidas por el pecado, que siempre deja una huella en nuestra vida y que puede ser borrada por la indulgencia jubilar. El Jubileo es un tiempo oportuno para poner nombre a nuestras heridas personales, familiares, eclesiales y sociales; para perdonar y para pedir perdón a Dios y a los hermanos, como recuerda san Pablo a los colosenses: «Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo».

Que la Virgen Santísima nos acompañe, para que este Jubileo no pase en balde y sea un verdadero año de gracia para la Iglesia universal y para nuestra Diócesis de Teruel y Albaracín, para todas las comunidades y familias, para el mundo entero y especialmente para quienes más sufren. Aprovechemos decididamente este “kairos”, para avivar y transmitir esperanza. Dios nos lo pide –como hemos escuchado en el cuento de Antonio García Barbeito– a través del sufrimiento que provocan tantas injusticias y desde los valores más nobles presentes en el corazón de todas las personas. Aprovechemos este “kairos”, queridos diocesanos y diocesanas, subamos desde el principio a este tren de gracia que se llama Jubileo 2025. Así sea.